

# EL TREN CERO

YURI BUIDA

TRADUCCIÓN DEL RUSO  
DE YULIA DOBROVLSKAYA Y  
JOSÉ MARÍA MUÑOZ ROVIRA

EPÍLOGO DE JOSÉ MARÍA MUÑOZ ROVIRA



TÍTULO ORIGINAL: Дон Домино

Publicado por  
AUTOMÁTICA  
Automática Editorial S.L.U.  
Valderribas 12, 5º Centro-Derecha - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com  
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Iouri Bouïda, 1997 and Editions Gallimard, Paris, 1998  
© de la traducción, Yulia Dobrovolskaya y José María Muñoz Rovira, 2013  
© del epílogo, José María Muñoz Rovira, 2013  
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2013  
© de la ilustración de cubierta, Iban Barrenetxea, 2013

Este libro se ha publicado con la colaboración de la Fundación Mikhail Prokhorov y su Programa para la Ayuda a la Traducción de Literatura Rusa, TRANSCRIPT.

The publication was effected under the auspices of the Mikhail Prokhorov Foundation TRANSCRIPT Programme to Support Translations of Russian Literature



transcript

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:  
Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-17-2  
DEPÓSITO LEGAL: M-20083-2013

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors  
Composición: Automática Editorial  
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: Septiembre de 2013

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.





# EL TREN CERO

YURI BUIDA

TRADUCCIÓN DEL RUSO  
DE YULIA DOBROVLSKAYA Y  
JOSÉ MARÍA MUÑOZ ROVIRA





—¡Los judíos se van! —grita al retumbante vacío de la casa y otra vez, agotada la esperanza de obtener respuesta, vuelve a la ventana—. Los judíos siempre se van. Solo nosotros, los necios, nos quedamos.

Desde aquí se distingue bien cómo los hombres y mujeres, encorvados bajo el peso del equipaje (ahora ya no son objetos, ni pertenencias, ni trastos acumulados por la vieja Esther en más de cuarenta años de residencia en la estación, ahora ya es tan solo equipaje, los bártulos de una refugiada, de una pasajera, ¡más le valdría espicharla!), avanzan con precaución por el estrecho sendero arcilloso hacia el puente y uno detrás de otro, pisando el chirriante hierro oxidado, pasan por encima del mugiente río a la orilla opuesta, donde los espera el enorme camión. Esther, inmóvil, está sentada en la silla de respaldo curvo plantada en medio del patio, entre la morralla, trapos desechados y papeles que a ratos el viento levanta de golpe tornándolos en una bandada de pájaros blancuzcos, o dispersa pegándolos a las paredes desconchadas de la casa, cada vez más vacía, a la valla semiabatida, al lustroso impermeable negro que alguien echó sobre sus viejos hombros. Inexpresiva, mira ante sí sin fijarse ni en el hijo ni en sus amigos, que se apresuran a llevar a la otra orilla cualquier cosa que tenga algún valor antes de que la oscuridad les caiga encima.

Y todo este tiempo se lo ha pasado él en la ventana observando a Esther y cómo su vida, pieza a pieza, trapo a trapo, fotografía a fotografía, abandonaba esta casa, se amontonaba de cualquier manera en el enorme camión manchado de barro, con el fin de partir de una vez por todas, por siempre jamás, por los siglos de los siglos, para intentar pegarse —allá, en algún lugar lejano— a una vida nueva y seguramente ajena a ella. En una fotografía salen los primeros colonos: Esther, su marido Misha, él, Iván Ardábiev, apodado Don Dominó por su afición a las fichas, su fraternal amigo Vasili, su esposa Augusta, o simplemente Gusia, unos cuantos soldados que los ayudaron a descargar en la otra orilla y a cruzar sobre las piedras hasta esta donde había dos barracones destartados. A la rolliza Gusia la transportaron a caballito y por poco se les cae al agua, mientras que Esther, con su alta toca, envuelta en su vestido de seda color puesta de sol, sobre sus altísimos tacones, atravesó el río sola tras quitarse los zapatos, saltando descalza por las jorobas azuladas que sobresalían de la espumosa agua amarilla, pese a que no faltaban voluntarios para llevarla a la otra orilla en brazos. En esa fotografía no estaban ni Aliona ni el coronel pelirrojo ni nadie más que ellos, los pioneros recién llegados a la estación marcada con un número en los mapas inciertos, para poblar dos barracones agrietados. Todavía tenían que construir el puente, trazar los carriles, levantar los barracones para los obreros de mantenimiento y, más tarde, para los que trabajarían en el aserrado e impregnación de traviesas. Entonces. Ahora. Y, al cabo, nadie. Unos se han ido, otros han muerto y están enterrados en el pequeño cementerio habilitado hace ya tanto en la orilla opuesta, lo más



lejos posible del puente y de las casas, lo más lejos posible de los vivos cuyo deber era trabajar sin levantar la mano y no perder tiempo pensando en la muerte y, sin embargo, tenerla presente, pero no como algo natural, sino como una variedad de castigo: por desobediencia, por irse de la lengua más de la cuenta o bien, por intento de fuga. Pues eso: nadie. Esther se va. Solo queda él, el viejo Ardábiev, y ya no hay nadie con quien echar una partida de dominó. Gusia no cuenta, agazapada en algún rincón del retumbante vacío de esta casa y sin dar señales visibles ni audibles. A ver si también se ha muerto...

Se ha puesto el gorro orejero, el chaquetón guateado y ha bajado al río, allí donde el estrecho sendero arcilloso comienza la subida al puente oxidado cuya maltrecha carcasa siempre tiembla levemente bajo el embate de la corriente desbordada.

Sostenida por el hijo, que además iba cargado con la silla de respaldo curvo, Esther mueve con dificultad los pies titubeantes dentro de sus galochas por el barrizal.

—Saludos, tío Vania. —Ígor se suena la nariz y pesca del bolsillo pectoral, no sin apuros, el paquete regordete de tabaco—. Fuma.

Don Dominó menea la cabeza.

La vieja Esther se ha sentado incómodamente, de canto, en la silla, agarrándose con ambas manos a la barandilla podrida que se extiende a lo largo del sendero y evoca aquellos tiempos en los que aquí había escalones firmes de madera renovados cada año por Ardábiev.

—¿El tren cero sigue pasando? —Ígor guiña el ojo.

—Qué podemos esperar —se pregunta, lúgubre, Ardábiev.

—Sin raíles qué quieres, tío Vania —dice Ígor—. Ni por allí, ni por allá los hay —agita la mano en dirección al poblado—. No hay nada. Solo aquí se les olvidó retirarlos. Mejor vete. ¿A que es duro estar aquí en solitario, eh? Y más aún en el invierno, ¿a que sí?, ¿no?

Cabeceando, tira la colilla y ayuda a su madre a levantarse.

Don Dominó se quita el gorro, esboza a duras penas una sonrisa enseñando dos relucientes filas de iguales dientes metálicos.

Esther suspira hondo. Entre las manchas pardas y violáceas de su rostro arrugado de pronto aflora la boca llena de muelas amarillas clavadas caóticamente aquí y allá. Su mano temblorosa bendice a Ardábiev.

—Adiós, Iván... Esta vez para siempre.

Con sumo cuidado, él aprieta contra su pecho la figura liviana, que se ha vuelto casi incorpórea.

—Adiós, Esther... —Tose para aclararse la garganta—. La primavera es mala época... La peor..

Aferrándose al barandal bamboleante, la vieja comienza a subir resbalando cada dos por tres en el barro; el hijo la sostiene, pero ella lo aparta, se lo sacude a codazos y trepa, trepa hasta que por fin logra asirse al pasamanos de acero del puente.

—¡La silla! —cae en la cuenta de pronto Ardábiev—. ¡Ígor! ¡Esther! ¡Se os ha olvidado la silla! ¡La silla!

Ígor rehúsa con un gesto de la mano.

Encorvados bajo las rachas del viento frío, pasan por encima del río que la primavera ha hinchado y

bajan la escalera hacia el vehículo. Ígor ayuda a su madre a subir a la cabina. Desprendiendo barro, el camión gira y, dirigiéndose más allá de las colinas, ya serpentea por la carretera con aullidos desgarrados del motor.

—La tranca —dice en voz alta Don Dominó ajustándose la gorra sobre las desgredadas canas—. Hemos doblado.

Con la silla a cuestas, cargada sobre el hombro, asciende lentamente por la suave ladera hacia el poblado, en cuyo extremo, llegando desde el río, está la casa de ladrillo de dos pisos donde antaño vivían los de la estación con sus familias, y ahora solo habitan Don Dominó y la abuela Gusia, que no se sabe en qué rincón se agazapó después del entierro y ya desde hace tres días no responde a sus llamadas. A mitad de pendiente, Ardábiev, en un arranque de cólera, hincó las patas de la silla en el barro, y, arrebuajándose con el chaquetón, se sienta a fumar. Hemos doblado. La tranca. Está solo. Oculta la llama de la cerilla entre los enormes cuencos de sus manos rojas y, sin prisas, enciende el pitillo.

—Ya está, los judíos se han ido —pronuncia de nuevo observando abstraído las colinas cubiertas de lluvia fina como el polvo, olas cobrizas que discurren monótonas hacia las crestas del bosque, que se adentran cual sierra en el cielo bajo, de matices azules apenas visibles, extendido como un papel secante empapado por encima de los rieles mohosos, por encima del puente de vía única estremecido por el constante embate rabioso del río marrón, por encima de los tejados del poblado, mejor dicho, por encima de lo que queda de él: los armazones de unos vagones de mercancía en las

vías muertas, el almacén sin techumbre, el edificio de la estación con su galería acristalada sobresaliendo por encima del andén, la casa de Esther revestida de ladrillo en cuyo patio el viento húmedo arrastra sin cesar los pájaros blancuzcos... Las vallas desplomadas, las paredes, los postes caídos enredados en la telaraña de cables oxidados allí donde habían estado las casas, el aserradero y la planta para la impregnación de traviesas, la oficina, la cantina, los talleres, todo aquello que durante décadas se mantuvo para que exactamente a medianoche, de ida o de vuelta, sin reducir la velocidad ni en la curva, ni siquiera en el puente tronante y gimiente, pasara a toda costa el cero: cien vagones de puertas tapadas y precintadas, dos locomotoras delante y dos detrás, ¡chu, chu, u, u, u! Cien vagones. Destino desconocido. Procedencia oculta. Punto en boca. Vosotros a lo vuestro: que los carriles estén en perfecto estado. Desde aquí hasta allá. Ni más ni menos. Así hablaba aquel coronel que los reunió la primera noche en la exigua habitación de uno de los barracones. Era pelirrojo y de ojos azules. ¿Cómo se llamaba aquel coronel? ¿De veras era solo coronel? Porque lo que es mandar, mandaba más que un general. Orden, orden sobre todo, y nada de preguntas. ¿Preguntas? Desde luego, ninguna, camarada coronel. Estará todo en orden, camarada coronel. El coronel no tenía la menor duda. Ni la más mínima. ¿Para qué estaba allí si no? ¿Para qué estaban, si no, todos aquellos hombres más que probados? Antes del invierno los zapadores ya habían levantado las viviendas para el personal de la estación y los obreros, el almacén de mercancías, un cobertizo provisional para el taller, la torre del agua,

los depósitos de carbón. Al filo de la primavera estuvo listo el puente, su cuerpo huesudo se extendió por encima del valle anegadizo del terco riachuelo y se apoyó en la cima de la apartada colina, apenas visible entre los árboles fundidos en una masa homogénea. A finales de mayo terminaron el aserradero, la planta de impregnación de traviesas y la cantina. El uno de junio, Don Dominó nunca olvidaría ese día, pasó el primer tren cero.